



Rupert Thomson

Nadie más que tú

Traducción del inglés de Vicente Campos



NADIE MÁS QUE TÚ

RUPERT THOMSON

Traducción de
Vicente Campos

Título de la edición original: *Never Anyone But You*

Traducción del inglés: Vicente Campos González

Publicado por:

Galaxia Gutenberg, S.L.

Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª

08037-Barcelona

info@galaxiagutenberg.com

www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: marzo de 2019

© Rupert Thomson, 2018

© de la traducción: Vicente Campos, 2019

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019

Imagen de portada: *Estoy entrenando, no me beses*, Claude Cahun, 1927.

Cedida por cortesía de Jersey Heritage Collections

Conversión a formato digital: gama sl

ISBN: 978-84-17747-53-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

ROBERT LUCIEN WOKLER

1942-2006

Si no me amas, no seré amado,
si no te amo, no amaré

SAMUEL BECKETT

Pese a tu ausencia,
sigues aquí de algún modo

KAREN SOLIE

UN BAÑO VESPERTINO

1940

Yo estaba en el mar cuando cayó la primera bomba. Un poco alejada de la orilla, flotando boca arriba. Contemplando un cielo despejado. Era un viernes por la tarde hacia finales de junio. Cuando uno de los aviones giró hacia el sur, sobre el Mont Fiquet, distinguí las llamativas formas negras en sus alas. Esvásticas. El miedo me atravesó zigzagueando, negro y reverberante, como un enjambre de abejas que se desperdigara desde una colmena. Me erguí de golpe, sin hacer pie; presa del pánico, se me aceleró la respiración. Como todos en la isla, había estado temiendo este momento. Ahora había llegado. Había bastantes aviones, volaban alto, como si recelaran del fuego antiaéreo. ¿No sabían que todas nuestras tropas habían sido evacuadas y que sólo quedábamos civiles? Se me echó encima una ola, que me hundió. El océano parecía estremecerse. Cuando emergí de nuevo a la superficie, vi alzarse una columna de humo, como melaza, sobre el cabo hacia el este.

Nadé de vuelta a la orilla. Sentía las extremidades débiles y torpes, y aunque la marea me empujaba hacia la costa, me pareció que tardaba mucho en avanzar. Un corro de gente se había apiñado en la playa. Otros corrían hacia la carretera. Uno de ellos tropezó y cayó, pero nadie lo esperó, ni siquiera repararon en él. Claude se había bañado antes. Estaría en la planta de arriba, poniéndose crema en los brazos y las piernas. Edna, nuestra ama de llaves, estaría preparando la cena, con un vaso de whisky solo en el alféizar que había sobre el fregadero. Nuestro gato estaría tum-

bado en la terraza, cuyas baldosas aún conservarían el calor del sol, o tal vez, como a mí, le habían asustado las explosiones y había entrado corriendo en la casa. Parecía anómalo que las olas no prestaran la menor atención a lo que estaba pasando y siguieran meciéndose hacia la orilla, sin prisa, casi con pereza.

Ya caminaba torpemente cerca de la playa cuando oí otro estampido lejano. Sonó desganado, pero se había desatado un mariposeo en mi estómago. En circunstancias normales, me secaba en la playa, disfrutando del fresco sobre la piel, de la última luz del día, de la tranquilidad. Pero recogí los zapatos y la toalla y corrí de vuelta a casa, sintiéndome torpe, mareada.

Cuando llegaba a la rampa del varadero, dos aviones más descendieron en picado sobre la bahía, ahora hasta mucho más abajo, con los motores resoplando, roncós. Me encogí al lado de una barca de remos que estaba boca abajo. Tableteo de ametralladoras, salpicaduras elevándose al aire como una hilera de juncos blancos. Pero me sentí avergonzada, una mujer de cuarenta y siete años comportándose como una niña, y me levanté rápidamente. Entré en nuestro jardín por la puerta lateral. Claude estaba en la pendiente de hierba que daba a la playa. La manguera estaba sobre el césped a sus espaldas, y el agua manaba con fuerza de la boquilla. Llevaba puesto un bañador blanco y apoyaba una mano en la cadera. Con la otra sostenía un cigarrillo encendido. Tenía el aire de un general supervisando un campo de batalla. Podrían haber sido sus aviones, sus bombas.

—¿Estabas en el agua? —preguntó.

Asentí.

—Sí.

—Creía que estabas en la planta de arriba.

—No.

—¿Los has visto?

Asentí de nuevo.

—Yo lo he visto todo —dijo—. Hasta las caras de los pilotos.

Su voz sonó tranquila, y ella emitía una especie de resplandor. Yo había visto antes aquella expresión, pero no recordaba dónde ni cuándo. Permanecí más abajo que ella, en el césped; el pelo me goteaba. La hierba corta me cosquilleaba entre los dedos de los pies.

—Tengo una sensación extraña, como de euforia. —Miraba hacia el este, hacia Noirmont. El humo ensuciaba el cielo azul puro—. Creo que es porque vamos a ser puestas a prueba.

—¿No crees que ya nos han puesto a prueba lo bastante?

—No así.

Ese mismo mes habíamos oído rumores de que Churchill estaba dispuesto a abandonar las islas del Canal —se encontraban demasiado cerca de la Francia continental, eran demasiado difíciles de defender—, pero en la BBC no se había informado de que se hubiera tomado una decisión definitiva al respecto. Los boletines de noticias estaban llenos de bravuconadas. Los nazis habían llegado al Sena, se nos dijo, pero «nuestros chicos» les esperaban en la otra orilla, y «devolverían golpe por golpe». Lo siguiente que supimos es que se habían divisado motoristas nazis en la costa de Normandía, cerca de Granville, y «nuestros chicos» se habían retirado a Dunkerque. A mediados de junio, después de que las tropas acantonadas en Jersey y Guernsey fueran embarcadas de vuelta a Inglaterra, se ofreció a la población civil la posibilidad de evacuación. Se formaron largas colas ante el Ayuntamiento, y las líneas telefónicas se colapsaron cuando los isleños se llamaban para pedirse consejo unos a otros. Había llegado la hora de tomar decisiones drásticas. Se encontraron dos perros y un guacamayo muertos a tiros en un jardín trasero de St. Helier. Un hombre se presentó en el aeropuerto con un cuadro de Picasso bajo el brazo. Su mujer vestía un abrigo de marta cibelina, aunque la temperatura rondaba los veinticinco gra-

dos. No llevaban más equipaje. La mitad de la población se inscribió para que la evacuaran —más de veinte mil personas—, pero el bailío,¹ Alexander Coutanche, declaró que él se quedaba, pasara lo que pasase, y al final sólo seis o siete mil habitantes se marcharon. Siguió una semana en que la vida pareció retornar a la normalidad. La sensación de calma era incómoda e inquietante —casi podías oír crecer la hierba en los trechos de césped de las casas vacías—, pero sabíamos que no duraría, y ahora los nazis habían bombardeado y había quedado claro que la ocupación era cuestión de días, o incluso de horas.

—Tal vez tenías razón —dije—. A lo mejor habría sido más prudente marcharse...

Claude negó con la cabeza.

—Eso ya lo hemos hablado, y, en cualquier caso, ahora ya es demasiado tarde. No quedan barcos.

—Lo sé. Pero...

Salió de la pendiente herbosa.

—Ven aquí. —Cogió la toalla y empezó a secarme fróntandome—. Estás temblando.

—Seguramente es sólo el susto —dije—. Estaba en el agua cuando vinieron.

Me echó la toalla sobre los hombros y me llevó de vuelta por el césped. Una vez dentro de casa, me sirvió un coñac. Me lo bebí de un trago. Después salimos a la carretera y nos pusimos a mirar hacia St. Helier, pero no había nada que ver, salvo el humo negro que se desplazaba hacia el sur con la brisa estival. Los aviones se habían ido. Los cielos estaban en silencio.

Más tarde, mientras cenábamos, se oía el ir y venir del oleaje a través de la ventana abierta, y era posible creer que no había pasado nada. Pese a todo, mandamos a Edna de vuelta a su casa temprano, y le dijimos que no se molestara en fregar los platos.

UN MATRIMONIO DE CONVENIENCIA

1909-1920

*Nuestro primer encuentro de cierta trascendencia fue en la primavera de 1909, en Nantes. Por entonces todavía se llamaba Lucie. Tenía catorce años y medio. Su padre, Maurice Schwob, era judío, dueño y director de *Le Phare de la Loire*, el principal periódico de la Francia occidental. Su madre era católica. Madame Schwob estaba a menudo enferma y se pasaba la mayor parte de la vida en clínicas. La mañana que mi madre me llevó a su piso, en la place du Commerce, se dio alguna explicación para justificar la ausencia de Madame Schwob, pero no sonó muy convincente, ni siquiera para mí, y sólo consiguió llamar la atención sobre la vergüenza que aquella mentira pretendía ocultar.*

Una doncella nos hizo pasar a un salón recargado con el mobiliario ornamentado y ramplón que tanto gustaba a la sociedad burguesa de la época. Seguía lloviendo —había llovido toda la noche— y los rincones del salón estaban sumidos en sombras profundas; el espacio en el que nos encontrábamos parecía circular y borroso, como una bola de cristal que ya no se utilizara. Lucie había asistido a una escuela en Inglaterra, me contó mi madre, pero ahora había vuelto, y tal vez podría entablar amistad con ella. Fuera, los árboles resplandecían negros bajo un cielo sombrío.

Se abrió la puerta y Lucie entró en el salón, seguida por su padre, un hombre fuerte, con un semblante afable y arrugado. Más baja y delgada que yo, Lucie parecía distan-

te y etérea, como si existiera en una dimensión distinta a los demás, y aun así me sobresalté cuando nuestras miradas se cruzaron, un chasquido agudo pero sutil de reconocimiento. Las palabras vinieron a la par que el sobresalto, palabras que susurraban en mi cabeza: *Ah, sí, claro*. Lucie y yo habíamos jugado juntas cuando éramos pequeñas, pero yo sólo conservaba una memoria muy vaga de aquello. Algunos momentos son tan deslumbrantes que borran cuanto los precedió. Esta nueva Lucie tenía una tez pálida, casi luminosa, un cabello ondulado castaño oscuro y, sobre la mejilla, a medio camino entre una boca resuelta y provocativa y el delicado bucle de su oreja izquierda, vi una mancha de rojo que parecía mermelada. Imaginé que podía saborearla, y la mejilla de debajo, las frambuesas recogidas durante el verano y hervidas en azúcar, su piel cremosa y fresca. No recordaba haber tenido pensamientos así antes, ni siquiera sobre chicos, y noté que me ruborizaba, pero la luz del salón era tan tenue que no creo que nadie se fijara.

Lucie se adelantó y me habló en inglés:

—¿Qué tal estás, Suzanne?

Nos estrechamos las manos.

Su padre suspiró y se volvió hacia mi madre.

—Me temo que Lucie se nos ha vuelto un poco anglófila.

—Papá —dijo Lucie—, siempre lo he sido.

Me soltó la mano, pero sus ojos, que se inclinaban hacia abajo en los rabillos, permanecieron fijos en los míos. ¿Qué veía en mí? No sabría decirlo. Yo era callada. Un poco tímida. Llevaba el pelo largo, por encima de los hombros, peinado con raya en medio. Tenía los dedos manchados de tinta. Avanzada esa mañana, me contó que yo parecía una estatua. No, una estatua no. Una cariátide. Era monumental, dijo, incapaz de resistirse al juego de palabras. Creyendo que tal vez me había ofendido, se apresuró a añadir que me estaba haciendo un cumplido. Nos separaban más de dos años —yo tenía casi diecisiete—, pero yo no percibía ninguna diferencia de edad. Como mucho, me sentía la pe-

queña. Ella destilaba una especie de autoridad, incluso entonces: la mano tendida, la mirada firme. Nunca había conocido a nadie como ella. Henri Michaux, que más adelante sería amigo nuestro, lo expresó mejor. En su novela *Un certain Plume*, el jefe de camareros coloca una chuleta de cordero delante del protagonista e, inclinándose para acercársele, le habla con voz misteriosa y profunda. Eso que tiene en su plato, *no está en el menú*.

El salón se oscureció.

Junto a la ventana, mi madre hablaba con Monsieur Schwob, una conversación en voz baja en la que me pareció oír la palabra «terapéutico». Más allá de ellos, en la plaza, el ruido de la lluvia, áspero e intenso. Yo seguía mirando fijamente a Lucie. No podía apartar los ojos de ella. Tenía la boca seca y el corazón desbocado. Más adelante, Lucie diría que ella había sentido lo mismo. Diría que fue el primer gran momento de nuestras vidas.

*Lucie asistía al lycée, como yo, aunque no hizo muchos cursos. Pasaba la mayor parte del tiempo estudiando en casa, bajo la supervisión de un profesor contratado por su padre. Aun así, con frecuencia me esperaba delante de la entrada de la escuela cuando acababan las clases del día. Por entonces se conocía a Nantes como la Venecia del oeste, y nosotras vagábamos por sus calles durante horas, perdiéndonos en el laberinto de canales y vías navegables por los que era famosa la ciudad. Nos parábamos en una pequeña *bouvette*, un puesto de bebidas, en el Quai Duguay-Trouin, que daba al punto donde el Erdre desemboca en el Loira. Las paredes eran de color marrón oscuro hasta el hombro y de un amarillo brillante más arriba, y los barriles con aros de hierro de detrás de la barra desprendían el olor almizclado del roble y las uvas pisadas. La dueña tenía una cara grande y plácida que no encajaba con su lengua afilada y su aire taciturno. Aquí vienen las alborotadoras, decía cuando entrábamos, aunque lo único que hacíamos siempre era*

sentarnos en un rincón y beber *café noir*. Tal vez había intuido lo que nos esperaba.

Durante una de nuestras primeras tardes juntas a solas, Lucie me preguntó cómo veía mi futuro. Le conté que mi pasión era dibujar y que tenía pensado estudiar en la *École des Beaux-Arts*. La ambición de Lucie era escribir.

—Mi tío Marcel era escritor —me explicó—. Yo me sentía muy cerca de él. Murió hace cinco años.

—Lo siento.

Apartó la mirada y la dirigió hacia la ventana.

La curva de su cuello, la inclinación de su nariz. Algo dio un salto en mi interior, como una llama.

—Era un perverso —me dijo, todavía de refilón—. A veces se vestía con ropa de mujer.

Yo ya sabía que a Lucy le gustaba escandalizar. La manera de impresionarla, pensaba yo, era no parecer impresionada.

—Yo soy descendiente de un poeta —le dije.

—¿De verdad?

—Sí. Se llamaba François de Malherbe.

Se recostó en la silla.

—No me suena.

—Bueno, a mí tampoco me sonaba tu tío —dije—, no hasta ahora.

—Me cuesta creerlo.

—¿Por qué?

—Era amigo de Oscar Wilde y de Colette —dijo—. Incluso escribió una obra para Sarah Bernhardt.

—Pues éstos tampoco me suenan.

Lucie me miró, los ojos le brillaban.

—Eres muy graciosa.

Nunca me había dicho hasta entonces que fuera graciosa. Es difícil transmitir lo embriagador que me sonó.

Llegó el otoño antes de que reuniera el valor para mostrar mi trabajo a Lucie. Estaba a mi lado, en mi habitación,

cuando abrí mi portafolios y empecé a pasar las hojas. Eran esbozos a lápiz de bailarinas semidesnudas y dibujos a tinta de nervaduras de hojas y espinas de pescado, y también de figuras míticas como tritones, sirenas y dioses egipcios.

Me tocó el brazo.

—Más despacio. Las pasas demasiado deprisa.

Me eché atrás y la dejé mirar.

—Tienen soltura y gracia —dijo por fin—, y el dibujo transmite una sensación de naturalidad, una especie de sencillez en crudo. —Se dio la vuelta para mirarme directamente—. ¿Sabes a quién me recuerdan? A Aubrey Beardsley.

Pareció que el corazón se me dilataba.

—Siempre me ha encantado su obra.

—Eres buena, Suzanne. Muy buena.

—Parece que te sorprende.

—Es un alivio —dijo—. Eres mucho mejor de lo que pensaba.

Había tenido una idea, prosiguió. Como yo seguramente ya sabía, Beardsley había trabajado con Oscar Wilde, realizando las ilustraciones para varios de sus libros. ¿Y si nosotras formábamos una especie de sociedad parecida? Sus palabras, mis imágenes. Pronto empezaría a trabajar en algo que ella llamaba «Vues et visions», que quedaría incompleto, ahora se daba cuenta, sin mis dibujos. Me encantaría colaborar con ella, le dije, aunque, bien pensado, habría aceptado cualquier cosa que nos hubiera acercado.

En ese momento nos distrajeron unas voces potentes. Había aparecido mi hermano Jean con Patrice, un amigo de la Facultad de Medicina. Dos años mayor que yo, Jean tenía los ojos oscuros y una cara pálida y serena. Se parecía a mi madre, con su aire más español que francés. Patrice era alto y delgado, todo nudillos y codos, con el pelo erizado y rubio tirando a rojizo.

—Ah, mi hermana artista —dijo Jean—, y Lucie, su extraña amiga... —Como siempre que se dirigía a mí, su tono

era más cariñoso que condescendiente.

Patrice me preguntó si iría a bailar el fin de semana. Le respondí que no estaba segura.

Jean le dijo a Lucie:

—Patrice se ha encaprichado de Suzanne. Creo que quiere casarse con ella.

—Cállate, Jean, por lo que más quieras. —Patrice se ruborizó.

—A lo mejor Suzanne tiene otros planes —dijo Lucie.

Jean sonrió.

—¿Como cuáles?

Pero Lucie ya se había dado la vuelta y aparentemente estaba abstraída en mis dibujos.

Más tarde, Lucie y yo nos pusimos abrigos y bufandas y salimos de casa. En las calles, silenciosas, hacía frío, el cielo era de un tono gris suave y maleable que auguraba nieve. Por lo general, Lucie era la que hablaba casi siempre. Sin embargo, aquella tarde miraba fijamente al suelo, con dos arrugas entre las cejas, como si le hubieran planteado un acertijo que no sabía resolver. Cruzamos las vías de ferrocarril cerca de la Gare de la Bourse y nos sentamos en un banco bajo los limeros, por encima del río cuyas aguas discurrían lentas.

—¿Qué piensas de Patrice? —preguntó por fin.

—Está bien. No lo conozco mucho. —Hice una pausa—. ¿Por qué me lo preguntas?

Ella negó con la cabeza.

—Por nada.

—¿Y cuáles son mis otros planes? —dije un poco más tarde—, esos que se supone que tengo.

Lucie se agachó y se ató los cordones de los zapatos.

—Todo a su debido tiempo.

Llegó de nuevo la primavera. Íbamos en bicicleta hacia el sur, cruzando los puentes para salir de la ciudad. Desde la costa había entrado la niebla y nos envolvía un silencio

furtivo. El chirrido de la rueda trasera de Lucie, el traqueteo de nuestras llantas sobre el polvo y la gravilla. Mi respiración. A veces una casa se asomaba entre la oscura bruma, el ángulo marcado de un tejado, los ladridos tristes de un perro. Dejamos atrás una hilera de álamos, formas grisáceas y elegantes, apenas insinuadas. El paisaje era delicado y elusivo como una acuarela japonesa.

Tras pedalear durante dos horas, dejamos las bicicletas en una zanja, y seguí a Lucie por un sendero que serpenteaba entre setos. A veces me miraba desde delante, por encima del hombro, había tensión en su cara, y también una especie de asombro. Un bosque oscuro se alzaba por delante de nosotras. Ella encontró otro sendero que continuaba entre los árboles. El suelo del bosque estaba tapizado de flores malvas y azuladas que nos llegaban hasta los tobillos, su olor amargo y lechoso era tan intenso que me paré.

—La primera vez que vi campanillas fue en Inglaterra —dijo Lucie—. Pasada la Pascua, las había por todas partes. En Francia son mucho más raras.

—Yo nunca las había visto. —Me arrodillé y toqué una de las flores. Su grueso tallo verde, su racimo de campanillas—. Hay muchísimas. Es como si el suelo estuviera cubierto de humo.

Lucie sonrió.

Nos sentamos bajo un árbol, con las espaldas apoyadas en el tronco. Le pregunté cómo era Inglaterra.

—Me encantan los ingleses —dijo—. Son muy tolerantes. Me dejaban ser yo misma. —Alzó la mirada hacia el follaje—. Creo que tienen más imaginación que los franceses.

—¿Te arrepientes de haber vuelto?

Sus ojos se desviaron, buscándome.

—Ya no.

Era difícil saber cómo interpretar lo que acababa de decir. Yo percibía su presencia, como una especie de calor.

Más tarde, mientras nos adentrábamos aún más en el bosque, me contó que había decidido cambiarse de nom-